

Río Quibú

1

Eran una mujer y una avenida con un paseo sembrado de arbustos que desde los balcones parecían brócolis. El 3 de junio de aquel año, Julia se dirigía a dictar su curso de grabado en el Instituto Superior de Arte cuando fue interceptada por un hombre mulato, considerable, de rasgos cortantes, voz afilada y manos muy quietas. El hombre no conducía. Era el copiloto de un Mercedes-Benz oscuro y hermético. Mientras atendía lo que aquel sujeto tenía que decirle, Julia reparó en que el sol reverberante otorgaba a los cristales polarizados la condición blindada de la plata.

El hombre le dijo, con los brazos lentos y las manos señalando el sitio, que dentro de aquel coche estaba el General, y que el General quería que ella subiera y se fuera con él a pasar un día íntimo en una casa de descanso. Julia no llegó a pensar casi nada en ese instante, pero una parte de su cerebro siguió trabajando a una velocidad muy superior al vértigo con que circula la sangre dentro del cuerpo de un atleta en el momento de dar un gran salto. Supo, sin pensarlo, que había visto antes aquel carro, incluso entreverado con otros dos idénticos, y que aquella sensación de que la observaban mientras caminaba cada mañana a impartir su cátedra era cierta, acaso fomentada en los últimos días.

El hombre le dijo: ¿Cuál es su respuesta? ¿Qué piensa hacer?

Julia respondió, sólo para ganar tiempo: Cuando usted habla del general, ¿se refiere a El General?

El hombre no dijo nada porque no era necesario.

Julia, después de fingir habérselo pensado, dio por concluida la entrevista: Dígame al General que muchas gracias, pero yo no me acuesto con la historia de este país.

